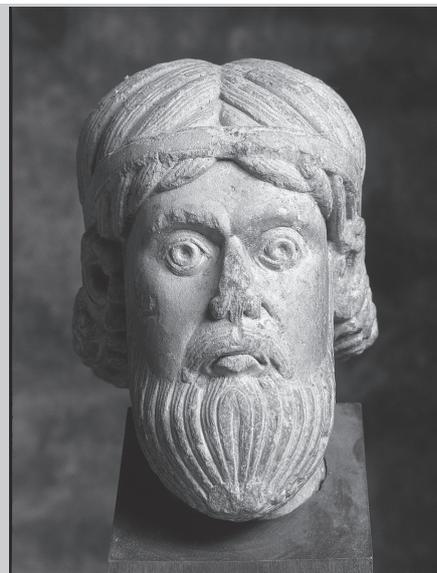


HERMANN EL ALEMÁN

TRADUCTOR DE ARISTÓTELES Y OBISPO DE ASTORGA
(1266-1272)

H. Salvador Martínez



SEÑAS DE IDENTIDAD

Escribir la biografía de un personaje de la Edad Media es tarea sumamente complicada por la falta de datos que por lo general suelen estar al alcance del estudioso sólo si el biografiado fue rey, papa o santo. En el caso de Hermann el Alemán, que no fue ni lo uno ni lo otro, la tarea se hace mucho más difícil, a pesar de haber sido obispo de una de las diócesis más ricas de la España medieval y autor de una impresionante obra filosófico-literaria centrada en la traducción de obras aristotélicas usadas en las más célebres universidades europeas. La enorme cantidad de documentos del archivo diocesano que se perdieron tras la devastación de las tropas francesas durante la Guerra de la Independencia ha sido la causa principal de la escasez de documentación, pero no la única. Igualmente responsable ha sido la desidia nacional que no se interesó por explorar el archivo y la vida de su más célebre obispo durante la Edad Media, ni antes ni después de la devastación francesa. Ni el P. Flórez, que trabajó en el archivo a finales del s. XVIII, ni el compilador del *Episcopologio asturicense*, que lo hizo a primeros del siglo XX, saben nada de Hermann el Alemán como traductor, o como intelectual de prestigio internacional¹. Es más, su existencia e identidad no fue establecida hasta primeros del siglo XIX y con toda certeza sólo a primeros del siglo XX por estudiosos alemanes, franceses e ingleses².

Debido a que en la Edad Media solía usarse sólo el primer nombre y un gentilicio como apellido, Hermann fue confundido con otros tres personajes de la época que llevaron el mismo nombre: Hermann Contracto, Hermann de Schildis y Hermann de Carintia, conocido también como Hermann el Dálmata. La confusión con los dos primeros fue despejada por el insigne

estudioso de las traducciones latinas de Aristóteles, Amable Jourdain, a primeros del siglo XIX³. Pero aún el mismo Jourdain no logró descifrar el enigma de la identidad de Hermann el Alemán de la de su homónimo de Carintia, como tampoco lo consiguió en su primer intento otro gran investigador alemán de las traducciones aristotélicas, M. Steinschneider, quien en 1893 seguía confundiendo a Hermann el Alemán con Hermann de Carintia, hasta que finalmente en 1904 enmendó su primera opinión⁴. En 1874, Valentin Rose, en su célebre estudio publicado en la revista *Hermes*, fue el primero que propuso que Hermann el Alemán, traductor de Aristóteles, no era otro que el que había sido obispo de Astorga entre 1266 y 1272⁵. Tras las varias pesquisas de éstos y otros estudiosos en los años sucesivos, hoy podemos afirmar con certeza la identidad de Hermann el Alemán, traductor de Aristóteles, con el obispo de Astorga, Hermann el Alemán, que ocupó la sede entre 1266 y 1272⁶.

RETAZOS DE UNA BIOGRAFÍA

Una vez establecida su identidad, vamos a tratar de reconstruir su vida con los pocos y muy dispersos datos de que disponemos. A falta de documentación de archivo, trataremos de apurar otras fuentes, ya sean observaciones de naturaleza autobiográfica hechas por el mismo Hermann en los prólogos y epílogos de sus obras, o testimonios de sus contemporáneos, como son los que nos dejó el franciscano inglés Roger Bacon (c.1214-1294) en algunas de sus obras⁷. Con nuestro biografiado nos hallamos ante un caso muy común en la historiografía de Edad Media, es decir, sabemos algo de sus últimos años, cuando estaba en la cumbre de su carrera, pero nada o casi nada de sus primeros. Por lo cual no nos queda más remedio que

empezar por el final y tirar del hilo hasta llegar a la primera parte de su vida.

Su gentilicio indica que había nacido en Alemania. La aposición del nombre de oriundez al nombre de pila funciona como un verdadero patronímico, de tal manera que el nombre de pila más el gentilicio equivalen al nombre y apellido de nuestros días, pero añadiendo al mismo tiempo un dato muy importante, la etnia del individuo. En esta forma son conocidos los grandes traductores de la Escuela de Toledo: *Adelardo de Bath, Roberto de Chester, Gerardo de Cremona, Miguel Scoto (el escocés), Alfredo Anglico, Guillermo de Flandes, Hermann el Alemán*, etc. No sabemos dónde, ni cuándo nació Hermann; pero sabemos con certeza que era hijo ilegítimo, “nacido de sacerdote y soltera” (*de sacerdote genitus et soluta*), según confesó él mismo al papa en una célebre carta que vamos a comentar a continuación.

El 6 de diciembre de 1266 el papa Clemente IV (1265-1268) escribía desde Viterbo una carta al “Dilecto hijo Armano electo de Astorga” de la cual hablaremos frecuentemente en este artículo por sus numerosas alusiones biográficas⁸. En ella le anuncia, tras haber rechazado el candidato propuesto por el cabildo, su nombramiento al obispado de Astorga, recordándole que se habían conocido hacía mucho tiempo en París, donde habían sido compañeros de casa y clase (“*de te multo tempore nobis noto qui siquidem olim Parisius noster in domo fuisti socius et in scholis*”). Hermann, que no estaba interesado en el cargo, se disculpa, alegando que era ya de edad avanzada y que lo único que le interesaba era seguir con sus estudios, implorando al papa humildemente pero con firmeza (*humiliter et instanter*) que no le gravase con un cargo que no estaba en condiciones de desempeñar. Pero el papa, que conocía perfectamente las aficiones intelectuales de Hermann desde que eran compañeros de escuela, insiste en que acepte el nombramiento. Fue entonces cuando Hermann se presentó personalmente ante Clemente IV para hacerle una delicada confesión, que es al mismo tiempo el verdadero motivo por el cual no cree que debe ser nombrado obispo: Hermann estaba afectado de un grave impedimento canónico, confesando al papa que era hijo ilegítimo, nacido de un sacerdote y una mujer soltera. Pero el papa hizo caso omiso de todas las excusas, la vejez, los estudios, así como del impedimento canónico, respondiéndole que los intereses de la Iglesia estaban por encima de las personas (“*Nos igitur nostrum nolentes eludi propositum, quod ex solida conscientia super tua promotione concedimus, magis etiam intendentes providere Ecclesiae quam personae, ut defectu proposito non obstante, ad episcopalem et archiepiscopalem assumi valeas dignitatem*”), añadiendo que en remisión de

sus pecados, con mente bien dispuesta, se haga cargo del gobierno de la Iglesia Asturicense. Hermann no era ni siquiera clérigo en órdenes, por lo cual el papa dispuso que con la mayor rapidez posible fuese promovido a presbítero y consagrado obispo. Por un privilegio de Alfonso X, expedido en Sevilla a favor de la Santa Iglesia de Cartagena el sábado 11 de diciembre de 1266, sabemos que en dicha fecha Hermann era ya obispo de Astorga, pues confirma como tal⁹.

La carta pontificia, como se habrá notado, plantea varias cuestiones e insinúa muchas más. La primera es: ¿cuándo estudiaron juntos en París? Si en 1266 Hermann era de edad avanzada, hay que pensar que estudiaría en París durante la primera y segunda década del siglo XIII. Esta fecha recibe una cierta confirmación cuando tenemos presente la cronología de su compañero, Clemente IV, del cual, aunque tampoco sabemos exactamente cuándo nació, sabemos que era oriundo de S. Egidio, a orillas del Ródano, y se llamaba antes de ser papa Guidus Grossus, *alias* Fulcodius (Guy le Gros de Foulques). Su biógrafo, César Du Boulay, nos informa que Guy de adolescente, como era costumbre de la época, cursó estudios en París, donde brilló en el campo de las letras, especializándose en jurisprudencia en la que sobresalió (“*adolescens pro more huius saeculi Scholas parisienses adiit, literis animum apprime excoluit, Iurisprudentiae vero praesertim totum se addixit*”). Terminada la carrera, Guy le Gros llevó durante muchos años las causas del tribunal regio; luego fue elegido miembro del Consejo secreto de Luis IX. A la muerte de su esposa, de la cual tuvo dos hijas, se hizo ordenar sacerdote en 1247. Sucesivamente fue nombrado Obispo de Puy en 1256/1257, arzobispo de Narbona en 1259, cardenal de Santa Sabina en 1262 y, por fin, elegido papa por unanimidad en 1265. Clemente IV murió en Viterbo el 28 de noviembre de 1268¹⁰. Si el futuro papa y compañero de Hermann cursó sus estudios en París cuando era adolescente, hay que pensar que esto sería entre 1215 y 1220; lo cual nos lleva a situar los estudios de Hermann en París por las mismas fechas, cuando era adolescente, es decir, de 13 o 14 años, y por tanto debemos concluir que había nacido a primeros del siglo XIII. Como su compañero de banco, Hermann debió ser un apasionado de las letras que se enseñaban en la facultad de Artes; pero sabemos por testimonio de su amigo, Roger Bacon, que no sabía lógica (“Éste [Hermann], al preguntarle yo acerca de ciertos libros que tuvo en árabe para traducirlos, me contestó lisa y llanamente que no sabía lógica, y que por tanto no se atrevió a traducirlos” –*infra* pág. 17, nota 61-). A pesar de su confesión sobre su ignorancia de la lógica, sus reflexiones sobre las artes liberales en las traducciones de la *Retórica* y la *Poética* de Aris-

tóteles, así como sus conocimientos de la *Retórica* de Horacio, manifiestan una clara inclinación por las artes literarias que desde una temprana edad le llevaron a interesarse por las traducciones de estas obras aristotélicas.

La carrera de su compañero Guy le Gros la conocemos bien porque llegó a ser papa; pero ¿qué fue de nuestro Hermann entre el final de sus estudios, hacia 1220, y su presencia en Toledo en 1240? Como en muchos otros aspectos de su biografía no tenemos una respuesta definitiva. Según una atractiva hipótesis de J. Ferreiro Alemparte, la entrada del amigo de Hermann, Guy le Gros, a servicio de la corte de Francia en 1226, en la que se hallaba Dña. Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII y casada desde el año 1200 con el Delfín de Francia y futuro Luis VIII, pudo facilitar el acceso de Hermann a la corte, poniendo al amigo en contacto con personajes influyentes cercanos a Dña. Blanca, ya antes de que Hermann abrigase el propósito de dirigirse a Toledo¹¹. Por otra parte, sabemos que en 1219 una comisión española encabezada por el obispo de Burgos D. Mauricio había ido a Alemania para recoger a Beatriz de Suabia, hija de Felipe de Suabia y sobrina de Federico II 'Barbarroja', emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, para casarla con Fernando III. A su paso por París, la comisión se detuvo para visitar a Dña. Blanca, tía carnal de Fernando. A la boda, celebrada en Carrión de los Condes, acudió una nutrida representación de Caballeros de la Orden Teutónica, que habían venido escoltando a la princesa germana, futura reina de León y Castilla. Fernando III concedió a estos caballeros teutónicos unos terrenos para que se establecieran en la villa de Mota de Toro (hoy Mota del Marqués). Hermann pudo formar parte del séquito de caballeros y clérigos que acompañaron a la princesa suaba a España¹². Hermann, en distintas fases de su vida, como iremos viendo, aparece relacionado con personalidades de la familia real suaba, entre los que se cuentan Fernando III, esposo de Beatriz, su hijo Alfonso X el Sabio y sus descendientes, y el mismo sucesor de Federico II, Manfredo, en cuya corte, como veremos, Hermann habría servido como traductor.

Las relaciones de Hermann con la corte de Fernando III, a raíz de su matrimonio con Beatriz de Suabia, pueden explicarse desde varias perspectivas, tanto familiares como políticas; pero sin duda el vínculo más evidente fue D. Juan, su canciller y biógrafo, bajo cuya inspiración Hermann llevó a cabo la traducción de las dos grandes obras aristotélicas, la *Retórica* y la *Poética*, ambas finalizadas en Toledo en 1256¹³. D. Juan, según las investigaciones de J. Ferreiro Alemparte, parece que descendía de familia alemana, que tuvo su solar en la llamada Torre de Guzmán, en el

Campo de Roa, cerca de Caleruega, lugar de nacimiento de santo Domingo¹⁴. D. Juan parece haber sido también un gran admirador de la familia imperial alemana: en su *Crónica* dice de Federico II en Tierra Santa en 1228:

no emprendió nada espectacular, como conviene a la majestad imperial, sino que confió exclusivamente en su destreza (*"nil magnum aggrediens, ut decet imperatoriam magestatem, sed in astucia sua confisus"*)¹⁵.

Hermann podía tener entre 20 y 25 años cuando llegó a España. Si así fuese, sigue diciendo Alemparte, Hermann pudo haber participado en 1222 en la fundación de la Encomienda Teutónica de Santa María de Castellanos de la Mota de Toro:

La fundación de la Encomienda Teutónica de la Mota de Toro en 1222 por Dña. Beatriz de Suabia, y la donación de Higareas [a 7 km de Toledo] por Fernando III a Hermann de Salza en 1231, son sin duda la explicación más factible de la presencia de Hermann el Alemán en España, no aisladamente, sino formando parte de la comunidad de sus compatriotas en nuestro país¹⁶.

La vinculación de Hermann el Alemán con la Orden Teutónica podría explicar también, como veremos más adelante, su presencia en Italia entre 1256 y la fecha de su nombramiento al obispado de Astorga en 1266, así como una posible docencia en la Universidad de Palencia, por lo menos entre 1231 y 1240 (*ib.* págs. 27-28).



En relación con este último dato, se ha especulado sobre la posible presencia de Hermann entre el primer grupo de "maestros" que, según el cronista leonés D. Lucas de Tuy y el historiador D. Rodrigo Jiménez de Rada, el rey Alfonso VIII trajo de París y de Bolonia para que impartiesen clases en el nuevo *Studium Generale* que había fundado en 1214 junto a la catedral de Palencia, poniéndolo bajo la dirección de D. Tello

Téllez de Meneses (h. 1170-1246), obispo de la ciudad¹⁷. Que Hermann fuese “maestro”, se supone que en Artes, o tal vez en jurisprudencia, consta por el testimonio de su compañero Roger Bacon que le da tal título, “*et magister Hermannus translator*”¹⁸, así como por el epígrafe que precede a su traducción del *Salterio*: “Esta es la traslación del Psalterio que fiso *Maestro* Hermann el Aleman segund cuemo esta en el hebraigo”¹⁹. Su conexión con Palencia se desprende también de su testamento, conocido tan sólo en el extracto que de él hizo el P. Flórez, el cual afirma: “Sábese que tenía en Palencia casas y otras posesiones que dio al Cabildo de aquella Cathedral por un Aniversario, de que hay clausula en su Testamento”²⁰; de donde pudiéramos deducir que había vivido allí durante el periodo que ejerció el cargo de maestro en la Universidad.

La próxima etapa de Hermann el Alemán en España fue Toledo. Sabemos con certeza que Hermann se hallaba en Toledo desde antes del 3 de junio de 1240, que es la fecha en que finalizó su primera traducción del árabe al latín; pero no sabemos exactamente cuándo se incorporó al conocido grupo de traductores que venían trabajando en la ciudad del Tajo desde el obispado de D. Raimundo de Sauvetat (1126-1151). En todo caso, estamos seguros de que fue el mencionado canciller de Castilla D. Juan de Osma [Domínguez de Medina?], obispo de Burgos (1240-1246) y antes de Osma (1231) y León (1237), con el cual debió estrechar una gran amistad tal vez a raíz de sus actividades docentes en el *Studium* palentino, el que le animó a que fuese a Toledo. D. Juan era, junto con su predecesor en la cancillería de Castilla, Diego García de Campos, el intelectual de punta de la corte de Alfonso VIII y posteriormente de la de Fernando III, al que D. Lucas de Tuy llama *sapientissimus Joannis Regis Ferdinandi Chancellarius*, y se le atribuye la autoría de la *Crónica latina de los reyes de Castilla*; fue muy aficionado a las letras y, como el mismo Hermann nos dice, el que le alentó a que tradujese la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles²¹.

Como veremos más adelante al hablar de su obra, consta que Hermann pasó 16 años en Toledo, entre 1240 y 1256, que son las fechas extremas que él nos da en los prólogos de sus obras²². Es de suponer, si aceptamos la hipótesis de su pertenencia a la Orden de la Encomienda Teutónica, que durante este periodo de su vida, no siendo clérigo, ni tener, que se sepa, prebenda alguna en la catedral, residiera en la residencia que desde 1231 tenía la Orden en Higuera, aldea a 7 km de Toledo. Sus traducciones, sin embargo, están firmadas en la Capilla de la Trinidad, donde al parecer se conservaban los códices árabes procedentes de las varias bibliotecas de Al-Andalus²³.

Después de algunos años en Toledo, bajo la tutela y el mecenazgo de otro personaje excepcional, D. Rodrigo Jiménez de Rada (†1247), el mayor intelectual de la corte de Fernando III, que también había sido estudiante en París, Hermann hizo una visita a su *Alma Mater* (h. 1245), donde ahora enseñaba su amigo de los años de estudiante, Roger Bacon, al cual en aquella ocasión le llevó un buen regalo, su traducción de la *Summa Alexandrinorum*, que tanto los copistas de Richard de Fournival, como los estudiantes parisinos se precipitaron a copiar, lamentablemente machacando el texto de Hermann²⁴.

Este dato biográfico nos llega directamente del amigo, Roger Bacon, el cual, al citar en su *Opus maius* a Hermann, junto con Boecio, Roberto Grosseteste y otros traductores contemporáneos, afirma haberse encontrado con él en París y haber mantenido conversaciones sobre un tema que evidentemente preocupaba a los dos amigos, las traducciones del árabe²⁵. No nos dice cuándo tuvo lugar el encuentro; pero dado que Bacon dejó París en 1247 para no volver más, es de suponer que fuese antes de esta fecha.

Hay muchas lagunas incólmales en la biografía de Hermann, pero ésta sobre su hipotética visita a París hacia 1245 pudiera rellenarse desde otra perspectiva, como educador de la corte de Fernando III y concretamente de dos de los hermanos de Alfonso X. Todos los hijos de Fernando y Beatriz fueron hombres cultos y abiertos a las grandes novedades literarias y científicas de su época, fruto, sin duda, de la esmerada educación que recibieron y a los desvelos de su abuela paterna, Doña Berenguela; pero fue Felipe, el quinto de los hijos, nacido a finales de 1231, y el más europeo de los hermanos, el que por su carácter afable y su aguda inteligencia atrajo de manera particular el afecto de su abuela. Por expreso deseo de ella fue destinado a la carrera eclesiástica, habiendo sido encomendada su educación, primero, a don Rodrigo Jiménez de Rada y sucesivamente, en 1240, a don Juan, obispo de Osma y canciller de Castilla, el cual le preparó para cursar sus estudios superiores en la Universidad de París, organizando su viaje, su estancia, profesores y pagando las costas, incluso acompañándolo allá personalmente en 1244²⁶. Al año siguiente fue el turno de su hermano menor, D. Sancho, futuro arzobispo de Toledo, que debió llegar a París durante el verano de 1245, probablemente acompañado también de su tutor, el gran traductor del árabe Hermann el Alemán. Ambos hermanos debieron asistir a las clases de algunos de los profesores más distinguidos de la Universidad, como Alberto Magno, Juan de Garlandia y acaso del mismo Roger Bacon que entonces impartía clases en París, y tal vez llegasen a codearse con el fraile dominico Tomás de

Aquino y el franciscano Buenaventura da Bagnoregio²⁷. En esta ocasión habría sido cuando Hermann el Alemán se encontró con Roger Bacon, como se dijo más arriba (nota 25).

A este encuentro personal debió seguir un intercambio epistolar, puesto que en su *Compendium Studii Philosophiae*, que es posterior a la traducción de la *Summa Alexandrinorum*, Bacon da claramente a entender que conocía la traducción de Hermann del *Comentario medio* de Averroes a la *Poética* de Aristóteles; y siguió manteniendo contacto con él, ya que en 1271 escribe en el mismo *Compendium Studii Philosophiae*: “Hermann, del que yo fui amigo, todavía vive y es obispo”, lo cual quiere decir que estuvo al corriente de la carrera eclesiástica del viejo amigo hasta el final de sus días.

Nos queda por explorar dónde estuvo Hermann entre 1256 y 1266, es decir, durante aquel periodo de diez años que precede a su nombramiento a la sede de Astorga. Roger Bacon que, como hemos venido diciendo, se ocupa de Hermann en varias de sus obras, no nos ayuda a localizar a su amigo durante este periodo de diez años; pero por la carta del papa sabemos que en aquella fecha Hermann estaba en Italia, pues no tuvo dificultad alguna en presentarse ante él (*ad nostram presentiam accessisti*) para implorarle que le eximiese de aquella carga.

Roger Bacon, sin embargo, como veremos enseguida, nos vuelve a ser muy útil para completar otros detalles biográficos de Hermann en Italia (*infra* págs. 14-15 y nota 35), aunque sus observaciones estén todas ellas hechas en el contexto de una crítica acerba contra los indoctos traductores de su época, incluyendo Hermann, que desconocen las lenguas de las que traducen y la lengua a la que traducen, condición nefasta que, según Bacon, no hizo más que adulterar el verdadero sentido de los textos originales griegos, árabes y hebreos, que por culpa de la incompetencia lingüística de los traductores fueron transmitidos a los latinos de forma corrupta²⁸.

El primer testimonio de Bacon en que hace referencia a Hermann procede de su *Opus tertium*, donde al criticar la infiltración de palabras vulgares en los textos traducidos por culpa de la ignorancia de la lengua destinataria del traductor, dice:

...en muchísimos pasajes ponen la lengua materna, como sucede en el libro de las plantas de Aristóteles, donde aparece el “belenum”, perniciosísimo en Persia, pero comestible al ser transplantado a Jerusalén. “Belenum” es palabra española y nadie en París o en Inglaterra puede saber por tal traducción lo que es el *beleño*. Pero una vez que lo indagué con diligencia supe que se trataba del hiosciammo, que no es otra cosa que la semilla de la casiláquine²⁹.

Este pasaje lo amplió en el *Compendium Studii Philosophiae*, obra compuesta hacia finales de 1271, al volver sobre el tema de la infiltración de vocablos de “la lengua materna” (en este caso entiéndase el castellano) en las traducciones latinas, ofreciéndonos así un testimonio de su familiaridad con la obra de Hermann y su amistad con el autor:

Hay también muchos vocablos del lombardo, del español y de otras lenguas de los latinos puestos en los libros traducidos, como *belenum* etc. En mis clases, como no sabía explicarlo convenientemente, los estudiantes españoles se rieron de mí; de ellos aprendí luego que el término no es árabe como creen todos los doctores, sino español, y es la semilla de la casiláquine. El traductor Hermann me lo dijo³⁰.

De esta misma obra procede el texto más significativo que ponemos a continuación; en el que se menciona, por diferentes motivos, a Hermann, al desencadenar una severa crítica de sus traducciones y de las de todos los demás traductores de la Escuela toledana:

Cierto que ninguno de los mencionados [Gerardo de Cremona, Miguel Scoto, Alfredo Anglico, Hermann el Alemán y Guillermo de Flandes] supo algo digno de lenguas ni de ciencias, como se echa de ver claramente, no sólo por las mismas traducciones, sino también por la condición de los que las hicieron. Pues todos han existido en nuestro tiempo, de modo que algunos en sus años mozos fueron todavía contemporáneos de Gerardo de Cremona, que fue de todos el más viejo. *Hermann, del que yo fui amigo, todavía vive y es obispo*³¹.



Con estos tres textos presentes, veamos de subsanar varias lagunas en la vida de Hermann, dejando para el apartado siguiente sus observaciones sobre la empresa de las traducciones de nuestro biografiado y de otros insignes estudiosos de la Escuela de Traductores de Toledo.

En primer lugar, los textos citados dejan en claro la amistad entre Bacon y Hermann: “del que yo fui ami-

go, todavía vive y es obispo”. Bacon escribe estas palabras a finales de 1271, cuando Hermann llevaba ocupando la sede de Astorga unos cinco años. El hecho de que use el pasado “fui” amigo no quiere decir que no siga siéndolo, sino que hacía mucho tiempo que se había trabado aquella amistad y en aquel momento tal vez habían perdido contacto. Cuándo se inició la amistad, no lo sabemos; pero no pudo ser en París durante sus años de estudios, como sucedió con Guy le Gros de Foulques. Hermann y Bacon pertenecen a dos generaciones distintas, separados por unos veinte años. Por tanto, hay que pensar que la amistad se inició en ocasión de algún viaje de Hermann a París, como sugerimos más arriba, y que sucesivamente mantuviesen aquella amistad por correspondencia epistolar, como se desprende del hecho de que Bacon estaba bien informado de las traducciones de Hermann.

A esta amistad vuelve a aludir hablando del significado de la palabra “belenum” en los dos primeros textos, que él no entendía y que los estudiantes españoles que frecuentaban sus clases le explicaron, diciéndole que no era árabe, sino castellana. Para cerciorarse de que la explicación de sus alumnos era correcta, Bacon interpeló, probablemente por carta, al gran traductor y amigo Hermann, el cual le confirmó la interpretación de los estudiantes. Bacon fue profesor en la Universidad de París entre 1237 y 1245, años en los que Hermann se hallaba ya en España. Si se conocieron en París tuvo que ser en estos años, como sugerimos más arriba, ya que a partir de 1247 y hasta 1256 se desconoce el paradero de Bacon, el cual, en este último año, ingresó en la Orden Franciscana en Inglaterra y cesó completamente de dar clases³².

En 1260 un estatuto de la Orden franciscana prohibió a todos los miembros de la Orden la publicación de libros o panfletos sin previa aprobación³³. Esto quiere decir que todas las obras de Bacon fueron publicadas bajo mano y en contravención de las disposiciones de la Orden. La única explicación que tenemos de esta aparente irregularidad es que de alguna manera el sabio franciscano atrajo la atención del cardenal Guy Le Gros que había sido elevado al trono de San Pedro en 1265. Por caminos misteriosos Bacon llegó (¿recomendado por Hermann?) al que había sido amigo de Hermann, Clemente IV, el cual, no le pidió, sino que le ordenó que le escribiese sobre el puesto de la filosofía en la teología. Bacon respondió al papa, enviándole su *Opus majus*, obra en la que, con un lenguaje adusto, entre la ironía y el descaro, y con una osadía intelectual inaudita en la época, presenta sus ideas al papa sobre cómo incorporar la filosofía de Aristóteles y la ciencia en general en la nueva teología (véase el texto que ponemos más adelante, págs. 19-20). Suce-

sivamente siguió enviando al papa su *Opus minus*, *De multiplicatione specierum*, y tal vez otras obras sobre alquimia y astrología³⁴.

El segundo dato biográfico lo hallamos también en el *Opus tertium*, el cual nos lleva a aclarar dónde estuvo Hermann después de abandonar Toledo en 1256. Bacon, al nombrar los varios traductores que trabajaron en Toledo dice:

Pero hubo otros que hicieron infinitas traducciones como Gerardo de Cremona, Miguel Scoto, Alfredo el Inglés, *Hermann el Alemán*, traductor de *Manfredo*, *vencido poco ha por el rey Carlos*³⁵.

Según Bacon, Hermann fue también traductor de la corte de Manfredo, añadiendo que éste hacía poco que había sido vencido por Carlos [de Anjou], evento que sucedió precisamente el 26 de febrero de 1266 en la batalla de Benevento en la que Manfredo perdió también la vida. Bacon efectivamente concluyó su *Opus tertium* poco después de aquel acontecimiento histórico, en el mes de febrero del mismo año. La relación entre el texto del *Opus tertium* y el del *Compendium*, compuesto en 1271, es evidente.

Asentimos, por tanto, con el parecer de numerosos estudiosos, como J. E. Sandys, G. Sarton y otros, que aceptan la presencia de Hermann en la corte de Manfredo; pero tenemos nuestras dudas sobre el hecho de que estuviese allí en calidad de traductor, ya que no se conoce, ni se le atribuye, ninguna traducción llevada a cabo durante los hipotéticos seis años de residencia en la corte de Manfredo. La historia de las traducciones del árabe nos lleva en la dirección de Toledo a Italia: tras una etapa inicial en Toledo durante el siglo XII, el movimiento de aculturación de Occidente se continuó en Nápoles y en el sur de Italia a primeros del XIII, bajo la protección de Federico II y más tarde bajo la de su hijo natural Manfredo; pero, entre los varios nombres de traductores que se conocen, no aparece el de Hermann el Alemán³⁶. J. Ferreiro Alemarte sostiene:

...creemos percibir incluso como en sordina un cierto reproche de resentido, motivado tal vez por la situación privilegiada de Hermann, primero como traductor de Manfredo y luego como obispo de España, nombrado además por un papa que había contribuido de modo decisivo a la perdición del Staufer. Eso para Bacon sería lo que se llama caer de pie. Pero a pesar de todo, Hermann seguía siendo a los ojos de Bacon el traductor por antonomasia, por lo menos oficialmente (*art. cit.*, pág.37).

El testimonio de Bacon, junto con el hecho de que Hermann, según la carta de Clemente IV (*supra* nota

8), estaba en Italia cuando fue nombrado obispo en 1266, nos lleva a concluir que, a partir de 1256 cuando firma su última traducción en Toledo, se había trasladado a Italia para trabajar para el rey Manfredo en su programa de traducciones³⁷.

Pero, ¿dónde en Italia?, se pregunta Ferreiro Alemarte. “Probablemente, responde, en la rica Encomienda que la Orden Teutónica poseía en San Leonardo de Siponte, en Apulia. La ciudad de Siponte, destruida por un terremoto en 1223, había sido reedificada en 1256 por Manfredo y bautizada en su honor con el nombre de Manfredonia. En un documento de la Orden fechado el 10 de agosto de 1266 aparece el nombre de *Hermagnus* como *praeceptor* de la Encomienda de San Leonardo de Siponte” (*art. cit.*, págs. 41-42). ¿Podemos identificar a este *praeceptor Hermagnus* con nuestro Hermann el Alemán? La cronología del nombramiento de obispo de Astorga, desde luego, no se opone a la del documento del *Regesto di San Leonardo*, ni al hecho de que un documento de Alfonso X del 11 de diciembre de 1266 incluya entre los confirmantes de un privilegio a la iglesia de Cartagena a Hermann, obispo de Astorga³⁸.

Si es cierto que Hermann estuvo a servicio de Manfredo como traductor y acaso consejero cultural y político, esto representa una seria dificultad cuando tratamos de averiguar los motivos de su elección como obispo de Astorga. ¿Por qué motivo Clemente IV habría nombrado a Hermann para ocupar la sede de Astorga? Los papas no solían escoger candidatos que militasen en el bando contrario, máxime en una situación política tan crispada como era aquella en que se encontraba la Sede Apostólica con todos los descendientes de Federico II, y Hermann, como consejero de Manfredo y acaso miembro de la Orden Teutónica, tradicionalmente aliada de la familia imperial, no debía ser considerado partidario o simpatizante de la causa del papa. Clemente IV, como se sabe, fue enemigo implacable de Manfredo y de toda la dinastía imperial alemana a la que definió en varias de sus cartas “raza de víboras”, promoviendo activamente la eliminación de todos los sucesores de Federico II, la derrota de Manfredo y, como buen francófilo que había trabajado durante mucho tiempo para la corte angevina, haciendo todo lo que pudo para poner a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, en el trono de Manfredo. Sin duda el papa tenía sus buenas razones políticas y personales para tanta animosidad, aunque indignas en el Vicario de Cristo. Entre otras razones, además del conflicto con Manfredo, podemos pensar en el hecho de que uno de los sucesores de la familia imperial, el gibelino Enrique de Castilla, hijo de Fernando III y Beatriz de Suabia, y hermano de Alfonso X, era “senador” de Roma y, mientras lo fue, jamás

permitió que Clemente IV pusiera sus pies en la capital de la cristiandad.

Con la victoria de Carlos en Benevento, su entrada triunfal en Roma el 13 de mayo de 1265, y la decapitación en Nápoles del sucesor de Manfredo, el joven e inocente Conradino, empieza el régimen angevino en Italia y el fin de la dinastía imperial Hohenstaufen. El gran sueño de Clemente IV se había realizado. Pero muy pronto aquel sueño se convertirá en una insoponible pesadilla. Carlos resultó mucho peor que el mismo Manfredo, al que Dante describió: “Biondo era e bello e di gentil aspetto” (*Purgatorio*, c. III). Las tropas francesas cometían por doquier brutalidades y sacrilegios contra las personas y las cosas, mientras su caudillo desvergonzadamente exigía dinero y violaba los derechos de la Iglesia. Ante tantos desmanes, Clemente IV escribe a Carlos:

Te hacemos saber que no te hemos llamado para que te arrogues los derechos de la Iglesia... No podemos satisfacer tus deseos, porque no tenemos montañas áureas ni ríos de oro³⁹.

Dadas estas circunstancias tan inesperadas en la política pontificia, al papa debía preocuparle, por un lado, que Carlos, a pesar de su mal comportamiento, fuese reconocido y aceptado por la corte de Castilla, donde reinaba el único descendiente de la familia imperial, Alfonso X; y por otro, atraerse a los simpatizantes de Alfonso X del norte de Italia que deseaban verlo coronado emperador del Sacro Romano Imperio. Clemente IV se vino a encontrar de nuevo entre la espada y la pared. Por lo cual debió pensar que nadie más indicado que Hermann para negociar acuerdos con Alfonso X, ya que tenía una buena experiencia de la vida de la corte castellana y conocía bien a todos los vástagos, incluyendo al infante D. Enrique, la espina del pontificado. El hecho de que Hermann aparezca en un diploma de Alfonso X en una fecha tan próxima a su nombramiento (11 de diciembre de 1266) pudiera ser un buen indicio de las mencionadas motivaciones que movieron al papa a nombrarle para el cargo, a pasar de la reluctancia del candidato. Desafortunadamente, Clemente IV no llegó a recoger los frutos de la diplomacia de Hermann, ya que murió dos años después en Viterbo (1268) sin poder regresar a Roma, ni siquiera después de muerto, siendo enterrado en la iglesia de los Dominicos.

Por otra parte, no tenemos noticias de gran interés político o cultural sobre Hermann durante los seis años de su pontificado asturicense. Tampoco sabemos si esto se debe a que se ha perdido la documentación o al hecho de que D. Hermann prefirió llevar una vida retirada y apartada de los negocios mundanos que llenaban los días de los obispos de la época. Como vere-

mos más adelante, probablemente los pasó dedicado a su oficio, traduciendo el *Salterio*, tal vez por encargo de Alfonso X que planeaba incluirlo en la *General Estoria*; pero Hermann no llegó a completar la traducción; lo que nos queda de ella, sin embargo, nos proporciona una buena muestra del castellano que se escribía en el último cuarto del siglo XIII ya que, según el padre de la filología española, D. Ramón Menéndez Pidal, Hermann escribía “con notable vigor literario, aunque con un mediano conocimiento de la lengua hebrea, lo cual hace suponer que tuviese algún colaborador; quizá no lo necesitaba para el manejo de la lengua española, pues estaba naturalizado en el reino de Alfonso [X el Sabio]”⁴⁰.

En relación con estos últimos años de D. Hermann en Astorga, dice el P. Flórez:

Las Escrituras de Astorga le expresan en el año siguiente 1267 y desde entonces prosigue su mención hasta el año de 1272 sin faltar en ninguno; pero también sin suceso memorable” (*op.cit.*, pág. 241).

El archivo de la catedral no conserva del obispado de D. Hermann más documentos dignos de memoria que algunas donaciones y otras transacciones de tipo administrativo eclesiástico. El texto completo de su testamento se desconoce, pero por el resumen que de él hizo el P. Flórez, sabemos que Hermann poseyó propiedades en distintas partes del reino: compró una hacienda en Santa María de Zotes [del Páramo, León] y en Moscas [del Páramo, León], la cual fue de Juan Díez, canónigo de León, que en su testamento dejó al cabildo de Astorga, como expresa la *escritura* 597 de las *Particulares*. Tenía también casas y otras posesiones en Palencia que dio al cabildo de aquella catedral por un aniversario, de que hay cláusula en su testamento. Al cabildo de Astorga le dio una heredad en Huerga de Garavalles [cerca de La Bañeza, León] con dos mil maravedís para emplearlos en posesiones; de su producto fundó un aniversario por su alma, disponiendo que seis veces en el año (en los días que eligiese el cabildo) se hiciese memoria por su alma. Mandóse enterrar en la Capilla de la Magdalena de la Santa Iglesia asturicense; en cuyo altar fundó una Capellanía con las individualidades que expresa el testamento, el cual fue otorgado en Astorga a 10 de noviembre del año 1272, ante Isidoro González, notario público de la Santa Iglesia de Astorga⁴¹. Cuando dictó su testamento debía estar ya mal de salud, porque esta escritura se hizo con motivo de peligro de vida. Debió morir poco después, ya que cuatro meses más tarde se hallaba ya electo su sucesor, llamado D. Melendo, que era el arcediano de la catedral.

OBRA

La parte más extensa de cualquier publicación sobre Hermann el Alemán debe ser la dedicada al estudio de sus obras. En mi caso, por razones obvias, va a ser la más breve; pero no quisiera dejar de tratarla, aunque sea brevemente, para que los lectores interesados sepan con precisión cuáles son las obras, entre las muchas que se le atribuyen, que hoy día los estudiosos aceptan como legítimamente auténticas.

La obra literaria de Hermann el Alemán se encuadra en el contexto de la, así llamada, “Escuela de traductores de Toledo”⁴². El nombre ha sido cuestionado por numerosos estudiosos; pero no hay por qué negar su existencia o su validez, una vez aclarado qué es lo que entendemos por “Escuela”. Es evidente que no se trató de una institución formal con sus normas o estatutos, como lo eran las instituciones de enseñanza de la época, conocidas como Escuelas catedráticas y Estudios Generales (*Studia Generalia*), o Universidades. Antes bien, se trató de lo que hoy llamaríamos talleres de trabajo en los que varios individuos se asociaban bajo el patrocinio de algún mecenas para llevar a cabo un determinado proyecto; acabado el proyecto se disgregaba la asociación, o se pasaba a otro proyecto con las mismas personalidades u otras diferentes. A esta misma modalidad de centros de estudio y de traducción respondían las numerosas “escuelas privadas” que existieron entre judíos, musulmanes y cristianos de las cuales tenemos constancia y a las que probablemente se refiere también el Pseudo Virgilio cordobés cuya obra, a pesar de los graves problemas de autoría e interpretación que presenta, ofrece un válido testimonio sobre el estado de la educación y las escuelas peninsulares a finales del siglo XIII, época en la que vivió Hermann el Alemán⁴³.

Sabemos que ninguna de las grandes obras traducidas durante los siglos XII y XIII en España, por lo general del árabe, fue llevada a cabo por un solo individuo. Era un trabajo de equipo en el que participaban, por lo menos tres: un arabista o hebraísta, un experto en lengua vulgar y un latinista. La presencia de extranjeros que no conocían ni el árabe, ni el castellano, y frecuentemente tampoco el hebreo, debe reducirse a esta última función, la de corregir y ordenar el texto latino. El peso del trabajo de traducir e interpretar los originales, por necesidad lingüística, recaía principalmente sobre aquellos toledanos que desde hacía cuatro siglos eran bilingües o trilingües, es decir, los mozárabes, y en algunos casos sobre los políglotas judíos o musulmanes.

Si algo unió a los varios individuos que, deseosos de adquirir la ciencia, se dirigían de todas partes de Europa a Toledo, fue el mecenazgo que hallaron en los

obispos toledanos, en un primer momento, y sucesivamente en los reyes Fernando III y Alfonso X, el Sabio. Entre los mecenas más destacados debemos mencionar al que inició el programa de traducciones, el arzobispo Francis Raymond de Sauvetât, monje cluniacense que había sido anteriormente abad de Sahagún. Su pontificado en la sede toledana (1124-1152) coincide con la venida a España del primer extranjero en busca de manuscritos orientales con los cuales poder combatir la doctrina mahometana desde su propia fuente, *El Corán*. Este extranjero era nada menos que el abad de Cluny, Pedro el Venerable (1092-1150). La posición lingüística del gran abad de Cluny, sin embargo, era sumamente precaria, puesto que no conocía el árabe, ni traía consigo quien lo conociese, por lo cual tuvo que contratar a peso de oro a dos estudiosos giróvagos, Roberto de Chester y Hermann de Carintia, a los cuales halló en un lugar a orillas del Ebro, donde probablemente se hallaban estudiando y traduciendo del árabe bajo algún maestro que impartía privadamente su enseñamiento. Estos dos pioneros, sin embargo, tampoco eran grandes peritos en la lengua del *Corán*, razón por la cual también ellos tuvieron que servirse de expertos locales que les ayudasen en la empresa⁴⁴.

Toledo, bajo el pontificado de don Raimundo, atrajo muchos otros estudiosos en busca de obras filosóficas y científicas, entre los que hallamos a Gerardo de Cremona, Juan Hispalense, Ibn Daud, Domingo Gundisalvo, y al Maestro Juan. Sucesivamente, durante el pontificado del más ilustre arzobispo de Toledo de la Edad Media, D. Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), gran mecenas y promotor de las letras, el número de traductores procedente de los varios países europeos siguió aumentando. Entre otros, llegaron a Toledo: Hermann el Alemán, Miguel Scoto, Alfredo de Sarashel y Marcos de Toledo. En la tercera etapa del mecenazgo toledano, ya en la época de Alfonso X, el monarca creó instituciones a las que se puede considerar Academias o Escuelas de traductores, en las que aparecen traductores como Yehuda ben Moses ha-Kohén, Álvaro de Toledo, Pedro Gallego, Rabbi Ishaq ben Sid (Rabiçag), Abraham Ibn Waqar y Antonio Andrés⁴⁵. Este grupo de grandes traductores coincide con la actividad de los más grandes pensadores peninsulares del momento, Averroes (1126-1198) y Maimónides (1138-1204)⁴⁶. Hubo sin duda otros centros en la Península donde también se reunieron sabios extranjeros para recoger textos orientales traducidos del árabe; pero ninguno reunía las condiciones óptimas para trabajar como Toledo, donde existía, además de una comunidad cristiana tradicional junto con la judía y la musulmana, otra comunidad también cristiana, hoy conocida como “la cuarta cultura”, es

decir, la mozárabe. Los mozárabes toledanos conocían perfectamente el árabe y lo utilizaban como lengua escrita (lo prueban los archivos toledanos nada menos que hasta el siglo XV), y además conocían el latín y el castellano. Tal vez aun más importante era el hecho de que en Toledo se conservaba lo que quedaba de las antiguas y riquísimas bibliotecas de los reyes taifa que, a su vez, habían contenido las obras de la gran biblioteca califal de Córdoba. Si los sabios de toda Europa iban principalmente a Toledo era porque la ciudad reunía, en mayor medida que otros lugares de España, las personas especializadas y el material bibliográfico necesario para hacer las traducciones. A esta tipología de traductor de la segunda generación corresponde el trabajo que Hermann el Alemán llevó a cabo en Toledo, como sabemos por testimonio de Roger Bacon (*infra* pág. 20 y notas 58-60).

Aunque no sea más que brevemente quisiera a continuación presentar las obras que hoy día se atribuyen con certeza a Herman el Alemán; todas ellas son traducciones del árabe, menos una, que es del hebreo⁴⁷.

1. Traducción del *Comentario medio* de Averroes a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. En el epílogo, del propio Herman, que sigue a otro de Averroes, se dice que acabó la obra el 3 de junio de 1240 en Toledo⁴⁸.

2. *Summa Alexandrinorum*. Esta traducción fue hecha sobre una suma o compendio árabe de los diez libros de la *Ética* de Aristóteles, que la mayor parte de los manuscritos atribuyen a filósofos alejandrinos y ninguno la atribuye a Averroes. El nombre del traductor, *Hermannus*, aparece en la mayoría de los manuscritos. La traducción fue acabada el 8 de abril de 1243 o 1244⁴⁹.

3. Traducción de la *Glosa* de Alfarabi sobre la *Retórica* de Aristóteles, o *Didascalía in Rethoricam Aristotilis ex Glosa Alfarabii*, que es como reza el *Incipit* de la obra en el manuscrito de París, Bibi. Nac., lat. 16097, f.188r⁵⁰. La traducción no tiene fecha; pero en el prólogo de la traducción de la *Poética*, Hermann alude explícitamente a la *Glosa Alfarabii*⁵¹.

4. Traducción de la *Retórica* de Aristóteles, que en los tres códices que la contienen lleva por título: *Averroes in Rethoricam*. Fue fechada por el mismo Hermann el 7 de marzo de 1256⁵².

5. Traducción del *Comentario medio* de Averroes a la *Poética* de Aristóteles. Al comenzar el prólogo Hermann cita su nombre; y al finalizar el epílogo dice que acabó su obra el 17 de marzo de 1256 en la noble ciudad de Toledo⁵³.

6. Finalmente, Hermann llevó a cabo una traducción parcial del *Salterio* que se ha conservado fragmentariamente en un manuscrito de El Escorial (I-j-8) en una copia de la segunda mitad del s. XIV o primeros del XV. Llega sólo hasta el salmo 69 (70 de la Vul-

gata); con todas sus limitaciones, esta traducción del *Salterio* por Hermann, como dijimos, parece haber sido el primer intento conocido de traducir un texto bíblico al castellano directamente del hebreo⁵⁴.

LEGADO CULTURAL: NATURALEZA Y VALOR DE SUS TRADUCCIONES

Como hemos venido diciendo, lo más relevante, el gran legado cultural de Hermann el Alemán, por el que es conocido y admirado hoy día entre los estudiosos que se ocupan de las traducciones medievales y de la trasmisión de la filosofía y las ciencias a Occidente, es su obra. No resulta fácil evaluar el mérito de sus traducciones en un par de páginas, cuando modernamente se han dedicado ya volúmenes; pero por haber venido relacionando a lo largo de este artículo la vida y la obra de Hermann el Alemán con la de su contemporáneo y amigo Roger Bacon, quisiera brevemente repasar lo que éste pensaba de las traducciones medievales en general y de las de Hermann en particular para dar al lector una idea del extraordinario trabajo que llevó a cabo nuestro biografiado y cómo lo vio su primer crítico.



Roger Bacon no era un estudioso cualquiera, es conocido como *Doctor mirabilis* por sus estudios en el campo de las ciencias de las que era extraordinariamente apasionado y sobre las que escribió importantes tratados. Para poder estudiar las ciencias necesitaba traducciones y éste fue el motivo por el que se ocupó también de lenguas y traducciones. Por más extremado que nos parezca en sus opiniones, Bacon sabía lo que decía con conocimiento de causa. Había estudiado Artes y lenguas en Oxford bajo Edmund Rich, Robert Grosseteste y Adam Marsh, todos ellos conocidos filólogos y lingüistas; y él mismo escribió una *Grammatica graeca* y otra *Grammatica hebraica*. Sus opiniones en materia, por tanto, pesaban, ya que eran fruto de su ciencia lingüística y no de animosidad personal contra éste o aquel traductor, puesto

que muchos de los criticados, como Hermann, eran amigos⁵⁵.

La primera cualidad que hay que admirar en la crítica baconiana es su amplitud de miras y su disposición a aceptar, en pleno siglo XIII, la verdad, venga de donde venga, independientemente de las creencias religiosas o incluso el paganismo del que la propone. En el *Compendium* expone claramente las razones de su posición crítica:

Como quiera que en nuestro tiempo los enemigos de los cristianos, como son los griegos [paganos], los árabes, y los hebreos posean las ciencias en sus respectivas lenguas, se niegan a conceder a los cristianos sus libros auténticos porque los mutilan [*detruncant*] y los corrompen, máxime cuando ven a hombres inductos en lenguas y ciencias atreverse a traducirlos... Pocas cosas útiles tenemos de filosofía en latín. Pues Aristóteles compuso mil volúmenes, como leemos en su *Vida*, y no tenemos más que tres de notable magnitud, a saber: los de lógica, los naturales y los de metafísica. De modo que de todas las otras ciencias que trató están faltos los latinos, si se exceptúan algunos tratados y unos pocos opúsculos que tenemos sobre otras materias. Muy poco en definitiva. Pues también de los libros de lógica carecen los estudios latinos. Los dos mejores libros fueron los que Hermann tuvo en árabe, pero no se atrevió a traducirlos. Si bien tradujo uno de ellos [se refiere a la *Retórica*], o mandó traducirlo, pero lo hizo tan mal que no vale absolutamente para nada y ni siquiera los lógicos lo utilizan⁵⁶.

En su *Opus tertium*, compuesto a petición del papa Clemente IV, vuelve sobre el tema de la universalidad de la ciencia, o sabiduría, la cual está por encima de todas las barreras lingüísticas o religiosas:

Fue del agrado divino dar la sabiduría a quien quiso; pues toda sabiduría procede del Señor Dios; y Él la reveló a los filósofos, tanto infieles como fieles... y así se la entregó en primer lugar a Aristóteles en lengua griega; después, principalmente a Avicena en lengua árabe; pero nunca fue compuesta en lengua latina, sino únicamente traducida de lenguas extranjeras, y las cosas mejores [es decir, las ciencias] no han sido traducidas. Y de las pocas ciencias que han sido traducidas, nada es perfecto; las traducciones son pésimas [*per-versae*], ininteligibles muchas de ellas, especialmente cuando se trata de los libros de Aristóteles. E infinidad de vocablos de otras lenguas han quedado en el texto latino que no se pueden entender. Y las que fueron traducidas correctamente, se hallan ahora corrompidas porque ignoramos las lenguas [de las que fueron traducidas]. Y una gran cantidad fueron traducidas erróneamente porque

el intérprete [traductor] debe conocer la ciencia que quiere traducir⁵⁷.

Tras estas observaciones generales sobre la traducción y la trasmisión de la cultura científica, Bacon entra en particulares muy detallados sobre la personalidad de los traductores y la calidad de las mismas traducciones; escribe de nuevo en su *Opus tertium*:

Pues conviene que el traductor conozca la ciencia que quiere traducir, e igualmente las dos lenguas, la lengua de la que traduce y la lengua a la que traduce. Pero de los famosos traductores ninguno supo lenguas, salvo Boecio; y ninguno supo ciencia, salvo Roberto [Grosseteste], obispo de Lincoln, gracias a su larga vida y experiencia y también a su aplicación y cuidado. [...] Pero no conoció suficientemente las lenguas como para traducirlas sin ayuda. Sólo al final de su vida se dedicó a esta tarea, al mandar venir griegos y libros de gramática griega de Grecia y de otras partes. Sin embargo, éstos poca cosa tradujeron. Pero hubo otros que hicieron infinitas traducciones como Gerardo de Cremona, Miguel Scoto, Alfredo el Inglés, *Hermann el Alemán, traductor de Manfredo, vencido poco ha por el rey Carlos*. Éstos no vacilaron en hacer innumerables traducciones, pero no conocieron ni lenguas ni ciencias, ni siquiera la latina. Pues en muchísimos pasajes ponen la lengua materna, como sucede en el libro de las plantas de Aristóteles, donde aparece el “belenum”, perniciosísimo en Persia, pero comestible al ser transplantado a Jerusalén. “Belenum” es palabra española y nadie en París o en Inglaterra puede saber por tal traducción lo que es el *beleño*. Pero una vez que lo indagué con diligencia supe que se trataba del hiosciamo, que no es otra cosa que la semilla de la casilágine. Y así de otros términos que sería prolijo enumerar. Por esta razón tradujeron mal y pésimamente, y con la perversidad de la traducción pervirtieron toda la filosofía. Y a ello se debe sobre todo el deterioro de los libros de Aristóteles, los cuales ocupan sin embargo un puesto principal en la filosofía. Pero nadie puede saber lo que el autor quiso decir, porque lo que unos afirman otros lo niegan⁵⁸.

De esta crítica implacable se salvan sólo Boecio (480-520) y su maestro Roberto Grosseteste; el primero, porque conoció bien la lengua griega y la latina; y el segundo, por su larga experiencia y estudio que, con la ayuda de otros, llegó a conocer los textos originales y a traducirlos competentemente. Todos los demás, de Gerardo de Cremona a Hermann el Alemán, dice, “no vacilaron en hacer innumerables traducciones, pero no conocieron ni lenguas ni ciencias, ni siquiera la latina; por lo cual lo único que hicieron fue pervertir toda la filosofía”. Esta actitud de desprecio fue la que

Bacon, en términos generales, mantuvo hacia las traducciones y los traductores de su propia generación, porque “hay tal falsedad en sus obras que no merece la pena admirar a ninguno”⁵⁹.

Pero veamos específicamente lo que pensaba de las traducciones de Hermann el Alemán, empezando por las que se referían a los libros de lógica aristotélica (a la que pertenecían, según Hermann, tanto la *Retórica* como la *Poética*), acerca de los cuales su viejo amigo le había dicho lisa y llanamente (*ore rotundo*) que no sabía lógica y por tanto no se atrevía a traducirlos:

Pues también de los libros de lógica carecen los estudios latinos. Los dos mejores libros fueron los que Hermann tuvo en árabe, pero no se atrevió a traducirlos. Si bien tradujo uno de ellos, o mandó traducirlo, pero lo hizo tan mal que no vale absolutamente para nada y ni siquiera los lógicos lo utilizan⁶⁰.

Si Hermann no sabía lógica, concluye Bacon, “no podía saber otras ciencias, como conviene”; y por tanto, todas sus traducciones, por necesidad, son defectuosas⁶¹.

La ignorancia de la lógica fue algo que debió develar a Hermann durante muchos años, ya que entre la solicitud de D. Juan y la finalización de la traducción de la *Retórica*, pasaron por lo menos doce años. Pero tal vez el valor mayor del texto citado de Bacon, como testimonio biográfico, está en el hecho de que Bacon manifiesta que seguía muy de cerca la carrera de Hermann como traductor, pues sabe que su amigo estaba en posesión de las mejores obras de lógica aristotélica, que se conservaban en árabe, y que, a pasar de no saber lógica como le había confesado en persona, se había lanzado a traducir una, es decir, la *Retórica*, pero no la había hecho él directamente, sino que la había encargado a expertos árabes que tenía a su servicio⁶². Hermann, como Bacon sabía muy bien, no escondió nunca su dependencia de intérpretes mozárabes o mudéjares toledanos, dadas las dificultades que encontraba en la lengua árabe y en las discrepancias entre la métrica griega y la árabe.

Esta actitud de honestidad profesional, Hermann en ningún otro texto la dejó tan clara como en el Prólogo de la traducción de la *Poética* de Aristóteles: “Y no se admire nadie de la dificultad o rudeza de la traducción, porque mucho más difícil y rudamente está trasladado del griego al árabe. Y tan olvidados andan estos libros entre los mismos árabes, que a duras penas he podido encontrar alguno que quisiese trabajar en ellos conmigo”, expresando a continuación la esperanza de que se traduzcan estas obras directamente del griego, como se había hecho ya con la *Ética a Nicómaco* por el arzobispo de Lincoln. Hermann fue

un honesto intelectual consciente de sus limitaciones (“*Et modo quo potui, in eloquium redigi latinum*”) que nunca se arrogó méritos inmerecidos, y su amigo lo sabía.

Por lo que se refiere a la traducción de Hermann de la *Poética* de Aristóteles, Bacon, después de haber formulado los requisitos que según Alfarabi debe tener toda composición poética, es decir, que sus palabras sean sublimes, adornadas de acuerdo con el ornato prosaico, métrico y rítmico, según conviene al lugar, al tiempo, a las personas y a la materia de que se trata, como enseñó Aristóteles en su libro sobre el argumento de la poética, nos dice, una vez más, que el intérprete de esta obra, Hermann, no se atrevió a traducirla al latín por las dificultades con la métrica, que no entendió, como él mismo dice en el prólogo del comentario de Averroes sobre aquel libro⁶³.

Pero el texto más demoledor de Bacon sobre las traducciones y los traductores de su época, del cual hemos espigado ya algunos pasajes, es el que incluyó en el *Compendium philosophiae* donde no deja en pie a ninguno de los grandes, teniendo de mira en particular al traductor que en aquel momento todos ponían en el candilero, Guillermo de Flandes:

Pero mucho mayor error se produce en la filosofía traducida. Porque si los Santos Padres erraron en sus traducciones, mucho más aquellos que poco o nada se preocuparon de la santidad. De donde, por medio de Gerardo de Cremona, Miguel Scot, Alfredo Anglico, Hermann el Alemán y Guillermo de Flandes se nos dio un aluvión de traducciones sobre todo género de ciencia, pero con tal cantidad de errores que no se sabe qué es más de admirar. Ciertamente que ninguno de los mencionados supo algo digno de lenguas ni de ciencias, como se echa de ver claramente, no sólo por las mismas traducciones, sino también por la condición de los que las hicieron. Pues todos han existido en nuestro tiempo, de modo que algunos en sus años mozos fueron todavía contemporáneos de Gerardo de Cremona, que fue de todos el más viejo. *Hermann, del que yo fui amigo, todavía vive y es obispo. Éste, al preguntarle yo acerca de ciertos libros que tuvo en árabe para traducirlos, me contestó lisa y llanamente que no sabía lógica, y que por lo tanto no se atrevió a traducirlos. Y en efecto, si no supo lógica, tampoco pudo saber convenientemente las otras ciencias. Ni siquiera supo bien el árabe, como él mismo confesó, porque más que traductor fue promotor de traducciones, pues tuvo consigo en España sarracenos que fueron los principales en sus traducciones.* De la misma manera se adjudicó Miguel Scot muchas traducciones. Pero lo cierto es que un judío llamado Andrés fue el que más trabajó en ellas. *De lo que se sigue, y así lo refirió Hermann, que no tuvo*

conocimiento ni de lengua ni de ciencia. Y así por el estilo de otros. Pero sobre todo esto Guillermo de Flandes [sin duda se refiere a G. Moerbeke], que ahora está en apogeo. Pero todos los hombres de letras en París saben que no tiene la menor idea de la lengua griega, de la que presume, y por ende traduce mal y pervierte el saber de los latinos. Pues de todos los traductores intérpretes sólo Boecio supo lenguas suficientemente. Y sólo Roberto, por su larga vida y los medios admirables que puso en práctica aventajó a todos los demás en el conocimiento de las ciencias. Porque si bien no conoció lo bastante el griego y el hebreo para traducir estas lenguas por sí solo, tuvo muchos que le ayudaron. Todos los demás ignoraron lenguas y ciencias, sobre todo este Guillermo de Flandes, que nada conoció digno de mención, ni de lenguas ni de ciencias. Con todo prometió rehacer sus traducciones y forjar otras nuevas. Pero hemos visto y sabemos que son completamente erróneas y vitandas⁶⁴.

La esencia de la primera parte de la cita es que ninguno de los grandes traductores, en realidad, lo fue, sino que fueron más bien “promotores”, hoy diríamos empresarios de traducciones, que trabajaban por encargo y bajo el mecenazgo de otro, ya fuese eclesiástico, como los arzobispos de Toledo, o civil, como lo será Alfonso X, y tenían bajo su mandato un equipo anónimo de mozárabes o mudéjares que eran los que realmente llevaban a cabo el trabajo de traducir. Esto lo dice Bacon explícitamente de Hermann, porque éste se la había dicho (*vide* cita de la nota 62); pero Hermann, que a pesar de su extraordinario número de traducciones, no fue tan prolífico como Gerardo de Cremona y Miguel Scot, los cuales, además de no conocer el árabe cuando llegaron a Toledo, materialmente no pudieron llevar a cabo personalmente tanta producción en el tiempo que estuvieron en la ciudad⁶⁵. Su trabajo, por tanto, se redujo a corregir el texto latino preparado por traductores mozárabes o mudéjares toledanos. Bacon conocía este proceso de intermediarios y aquí es donde su ataque es todavía más atrevido y virulento, al acusarlos de no vacilar “en hacer innumerables traducciones, pero no conocieron ni lenguas ni ciencias, ni siquiera la latina, pues en muchísimos pasajes ponen la lengua materna”, con lo cual el texto traducido se convierte en ininteligible (*supra*, pág. 19).

De este diluvio universal, como ya sabemos, se salvaron sólo Boecio “que supo lenguas suficientemente”; y su maestro, Roberto Grosseteste, el cual, “si bien no conoció suficientemente el griego y el hebreo como para traducir estas lenguas por sí solo, tuvo muchos que le ayudaron”, es decir, siguió el mismo sistema de intermediarios que todos los demás traductores.

Bacon se olvida de mencionar la profesionalidad de Hermann, el cual, al enterarse de la reciente traducción del *Comentario medio* de Averroes a la *Ética a Nicómaco* que Roberto Grosseteste había hecho sobre el original griego (“*ex primo fonte unde manauerat, greco uidelicet*”), reconoció que la suya había dejado de ser relevante en la trasmisión del verdadero contenido de la obra original⁶⁶.



La última parte de la cita está centrada en las traducciones de Guillermo de Flandes, es decir, Guillermo de Moerbeke, “que ahora está en apogeo”, dice Bacon. Guillermo era un fraile dominico alemán que se pasó la mayor parte de su vida en Grecia, llegando a ser obispo de Corinto (1278), donde murió hacia 1286. La animosidad que Bacon, franciscano, manifiesta contra él pudiera tener que ver con los violentos conflictos entre dominicos y franciscanos en París. De todas formas, las acusaciones que le lanza parecen infundadas, ya que Guillermo fue verdaderamente un estudioso muy respetable como traductor del griego⁶⁷. Dado el impresionante *curriculum* y el prestigio de que gozó Guillermo, la afirmación de Bacon: “... todos los hombres de letras en París saben que no tiene la menor idea de la lengua griega, de la que presume, y por ende traduce mal y pervierte el saber de los latinos”, a todas luces parece extremada, sino ya calumniosa, especialmente cuando la remata, diciendo: “Todos los demás ignoraron lenguas y ciencias, sobre todo este Guillermo de Flandes, que nada conoció digno de mención, ni de lenguas ni de ciencias. Con todo prometió rehacer sus traducciones y forjar otras nuevas. Pero hemos visto y sabemos que son completamente erróneas y vitandas”.

Es posible que Guillermo no supiese mucho de ciencias, pero negar que conociese bien el griego y el latín es un disparate que desprestigia el juicio crítico de Bacon. No obstante, a descargo de Bacon, los estudiosos hoy día reconocen que el problema mayor de la traducción de Moerbeke de la *Poética* de Aristóteles consistía en que fue hecha *ad pedem litterae*,

como era costumbre de la época, y que si no satisfacía las exigencias de Bacon tal vez fuese debido a que tampoco él dispuso de un texto griego totalmente fidedigno. En cualquier caso, es un hecho que la extraordinariamente precisa traducción de la *Poética* de Aristóteles de Guillermo fue ignorada por los estudiosos medievales, sin duda porque preferían leerla en el contexto ideológico en el que la había situado Averroes, reflejado con mayor precisión en la traducción de Hermann⁶⁸.

Por otra parte, para entender la actitud de Bacon hacia los dominicos debemos tener en cuenta que no era la primera vez que invehía contra ellos. En otras ocasiones había apuntado más alto, tomando de mira en modo particular, nada menos que, a Tomás de Aquino y a Alberto Magno. Éste, considerado el padre de la reestructuración de la filosofía y de la teología sobre bases científico-filosófico aristotélico-avicenianas y averroístas, fue tan popular en las aulas parisinas que Roger Bacon, que seguía con avidez las novedades, especialmente en todo lo relativo a las ciencias, parece resentirse de que Alberto fuese citado en las escuelas a la par con Aristóteles, Avicena y Averroes, llegando sus ensañanzas a un nivel de aceptación del que no gozó ni el mismo Cristo, “el cual fue reprobado, junto con su doctrina, ya en vida”⁶⁹.

Como es sabido, a Bacon, su independencia de pensamiento en un ambiente de estricta ortodoxia y sobre todo su intemperancia verbal, le costaron, primero, la cátedra y después la libertad, siendo encarcelado (1278) por orden del Ministro General de los Franciscanos, Fr. Jerónimo de Ascoli, pasando varios años de su vida en la cárcel. Murió en 1294.

Estos datos de naturaleza personal nos llevan a preguntarnos: ¿qué valor tienen los juicios de Roger Bacon sobre las traducciones de la época, en general, y concretamente sobre las de Hermann? El tema nos llevaría a un largo periplo histórico sobre la crítica literaria y la teoría de la literatura durante la Edad Media y el Renacimiento que no cabe en este artículo; pero podemos decir, en términos generales, que, contrariamente a lo que afirmaba Bacon, las traducciones de Hermann de las obras aristotélicas fueron usadas por los maestros de lógica, retórica y poética durante trescientos años, prácticamente hasta que Ludovico Castelvetro publicó su estudio en 1570⁷⁰. Hoy se acepta universalmente que hasta esta fecha, el *Comentario medio* de Averroes a la *Poética* de Aristóteles, traducido por Hermann en 1256 en Toledo, fue el más conocido y usado en las escuelas y por los especialistas de las letras, latinas y vulgares⁷¹. Añádase a esto el hecho, comentado ya por Hermann, de que sus traducciones rescataron unos textos aristotélicos olvidados por los mismos árabes, lo cual quiere decir que,

sin la intervención de Hermann, el Occidente hubiese tenido que esperar otros tres siglos antes de conocer las obras de Aristóteles.

Éste ha sido y sigue siendo el gran legado de Hermann el Alemán a los estudios literarios y a la historia de la transmisión de la cultura de Oriente a Occidente.

H. Salvador Martínez
New York University

Imágenes: restos de la catedral tardorrománica de Astorga, finalizada a mediados del siglo XIII. (Fotografías de IMAGEN MAS).

¹ E. Flórez, *España Sagrada*, vol. XVI, Madrid, 1762; P. Rodríguez López, *Episcopologio Asturicense*, 4 vols., Astorga: Porfirio López, vol. II, 1908, págs. 283-286. El autor evidentemente trabaja principalmente con fuentes impresas; y no sabe de Hermann más que lo que había dicho el P. Flórez, el cual tampoco se enteró de que Hermann había sido uno de los grandes traductores de Aristóteles. Ninguno de los dos, uno antes y otro después de la devastación del archivo, menciona documentos de relieve sobre la vida y las obras del obispo D. Hermann. Otro tanto cabe decir de la monumental historia de Astorga de D. Matías Rodríguez Díez, *Historia de la muy noble, leal y benemérita ciudad de Astorga*, 2 ed., Astorga, 1909. La nueva *Colección documental de la catedral de Astorga*, dirigida por G. Caverio Domínguez y E. Martín López, 3 vols., León: Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro”, 2000, recoge en el vol. II tan solo dos documentos relativos D. Hermann: la carta de nombramiento como obispo de Astorga del papa Clemente IV (núm. 1346) y la mención, con un breve resumen, de *Los estatutos y ordenaciones hechas* por don Hermann (núm. 1345), cuyo texto se conserva en el ACA ms. 4/16, fol. 10r, pero no se transcribe; se menciona también el testamento de D. Hermann (núm. 1366) que tampoco se transcribe (*supra* pág. 17).

² Los estudios monográficos sobre Hermann el Alemán en castellano se pueden contar con los dedos de una mano y han aparecido todos en los últimos treinta años.

³ *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote, et sur les commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scholastiques*, Paris, 1819. Nouvelle édition revue et augmentée, cur. Ch. Jourdain, Paris, 1843, págs. 135-145 y 438-440.

⁴ M. Steinschneider, *Die europäischen Uebersetzungen aus dem Arabischen bis Mitte des 17. Jahrhunderts*, Graz, 1956; reimpresión de *Sitzungsberichte der philosophisch-historischen Klasse des kaiserlichen Akademie der Wissenschaften in Wien*, Band 149.4, 1904, y Band 151.1, 1905, pág. 33, nota 1.

⁵ V. Rose, “Ptolomaeus und die Schule von Toledo”, *Hermes*, 8 (1874), 303-326, 327-349.

⁶ Cfr. C. Eubel, *Hierarchia Catholica medii aevi*, Münster, 1898-1910, vol. I, pág. 115.

⁷ Las obras con sus ediciones a las que nos vamos a referir frecuentemente son las siguientes: *Opus maius*, *Opus minus*, *Opus tertium*, escritas entre 1266 y 1267; y el *Compendium Studii Philosophiae*, compuesta hacia finales de 1271. Ediciones de

J. H. Bridges, *The “Opus Maius” of Roger Bacon*, ed. with introduction and analytical table. Frankfurt, 1964, reimpresión de la edición de 1900, 2 vols. + 1 vol. suplementario con el texto revisado de las tres primeras partes de la obra; J. S. Brewer, *Fr. Rogeri Bacon opera quaedam hactenus inedita*. I. *Opus tertium*, II. *Opus minus*, III. *Compendium Studii Philosophiae*, London, 1895 (reprint, 1965).

⁸ He aquí la carta completa:

“[*Clemens episcopus, servus servorum Dei*] *Dilecto filio Armano Asturiensi electo, [salutem et apostolicam benedictionem]: Cum vacante Asturicensi Ecclesia et postulatione majoris partis capituli dilectum filium ejusdem archidiaconum postulantis de fratrum nostrorum consilio non admissa, de te multo tempore nobis noto, qui siquidem olim Parisius noster in domo fuisti socius et in scholis, eidem duximus providendum. Tu tandem nostra voluntate percepta, ad nostram presentiam accessisti, petens humiliter ac instanter, ut cum ab olim te totum dedisses studio, et jam satis aetate proventus ad laborem pontificalis officii non sufficiens, te ab hujusmodi onere relevare misericorditer dignemur. Quod cum a nobis obtinere non posses, nobis demum humiliter revelasti quod de sacerdote genitus et soluta, licet dudum gratiam obtinueris apostolicam, quod ad sacros ordines promoveri, et ad ecclesiasticas posses dignitates assumi, super episcopali tamen tecum non fuerat dispensatum; sicque dictum episcopatum recipere, sicut non poteras, sic nec etiam ambiebas. Nos igitur nostrum nolentes eludi propositum, quod ex folida conscientia super tua promotione concedimus magis etiam intendentes providere Ecclesiae quam personae, ut defectu proposito non obstante, ad episcopalem et archiepiscopalem assumi valeas dignitatem, tenore tibi praesentium indulgemus, in remissione tibi peccaminum injungentes, ut Asturiensis Ecclesiae regimen mente promta suscipiens, ad eandem gubernandam accedas quam citius facultas se obtulerit in presbyterum promovendus et in episcopum conferendus. Datum Viterbii VIII Idus Decembris anno II”* (ed. Martene et Urs. Durand, *Thesaurus novus anecdotorum*, t. II, Lutetiae Parisiorum, MDCCXVIII, pág. 431, núm. 415).

⁹ E. Flórez, *ES*, XVI, pág. 241. El texto del Privilegio rodado de Alfonso X en el que señala los términos del obispado de Cartagena, se halla en la Colección Burriel, 13.076, fol. 4, de la Sección de Manuscritos, de la Biblioteca Nacional; fue publicado en el *Memorial Histórico Español*, tomo I, pág. 233; y por Ortiz de Zúñiga, *Anales*, I, pág. 103.

¹⁰ C.E. Du Boulay, *Historia Universitatis Parisiensis*, III, Parisiis: Noel, 1666, pág. 267.

¹¹ J. Ferreiro Alemparte, “Hermán el Alemán, traductor del siglo XIII en Toledo”, *Hispania Sacra*, 35 (1983), 9-56, págs. 27-28.

¹² Cfr. H.S. Martínez, *Berenguela la Grande y su época (1280-1246)*, Madrid: Ediciones Polifemo, 2012, págs. 561-569.

¹³ En el Prólogo de la *Retórica* escribe:

“*Inquid Hermannus Alemannus: Opus praesentis translationis Rhetoricae Aristotelis et eius Poeticae, ex arabico eloquio in latinum jamdudum intuitu venerabilis patris Johannis Burgensis apiscopi et Regis Castellae concellarii. (ed. cit.)*.”

¹⁴ En un documento fechado en 1235 aparece un “Don Miguel, hermano del chanceler”, que según Alemparte, pudiera identificarse con el abad de San Pedro de Gumiel de Izán en 1242. Este abad D. Miguel fue enviado a Colonia por Fernando III en 1223 con una misión diplomática para el arzobispo Engelberto, que era el regente de Federico II en Alemania. Engelberto y Hermann de Salza, Gran Maestre de la Orden Teutónica, eran los que llevaban las riendas del Imperio (*Imperii negotia gerebant*). Cfr. J. Ferreiro Alemparte, *art. cit.*, págs. 7-9; y “España y Alemania en la Edad Media”, *BRAH*, 170, II (1973), 319-376.

¹⁵ *CLRC*, c. 58, ed. G. Cirot, *BH*, 15, 1913, pág. 278.

¹⁶ *Art. cit.*, pág. 27; y “Asentamiento y extinción de la Orden Teutónica en España. La Encomienda de Santa María de Caste-

llanos de la Mota de Toro (1222-1256)", *BRAH*, 168, II (1971), 227-274; y "España y Alemania en la Edad Media", *BRAH*, 170, II (1971), 319-376; III (1973), 467-573; 171, I, págs.77-91; II, 267-295; y III (1974), 479-521.

¹⁷ Lucas de Tuy precisa las especialidades de los maestros reunidos en Palencia por orden del rey: "*Eo tempore rex Adefonsus evocavit magistros theologicos et aliarum artium liberalium et Palentiae scholas constituit procurante reverentissimo et nobilissimo viro Tellione eiusdem civitatis episcopo, quia ut antiquitas refert, semper ubi viguit scolastica sapientia, viguit et militia*" (*Chronicon mundi*, ed. A. Schottus, en *Hispania Illustrata*, IV, Francfort, 1608, pág. 109). La noticia del Tudense la confirma D. Rodrigo Jiménez de Rada: "*Sapientes a Gallia et Italia convovavit, ut sapientiae disciplina a regno suo nunquam abesset et magistros omnium facultatum Palentiae congregavit, quibus et magna stipendia largitus, ut omni studio cupiendi quasi manna in eos influeret sapientia cuiuslibet facultatis*" (*De rebus Hispaniae*, lib. VII, cap. XXXIII). Sobre el *Studium* palentino, cfr. V. de la Fuente, *Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza*, Fráncfort del Meno [1884], Sauer & Auvermann KG, 1969; J. San Martín, *La Antigua Universidad de Palencia*, Madrid: Afrodisio Aguado, 1942; y T. Abajo Martín, *Documentación de la Catedral de Palencia (1035-1247)*, Palencia: Ediciones Garrido, 1986.

¹⁸ *Opus maius*, ed. J. H. Bridges, I, pág. 73.

¹⁹ En J. Llamas, "La versión castellana más antigua, primera sobre el texto original (Estudio y publicación de fragmentos inéditos de la misma)", *La Ciudad de Dios*, 159, 3 (1947), 547-598; y 160 (1948), 127-156. Cfr. M. Morreale, "Apuntes bibliográficos para la iniciación al estudio de las traducciones bíblicas medievales en castellano", *Sefarad*, 20 (1960), 66-109.

²⁰ *España Sagrada*, XVI, págs. 241-243.

²¹ En el Prólogo de dicha traducción declara que la hizo: "*Opus presentis translationis Rhetoricae Aristotelis et eius Poeticae, ex arabico eloquio in latinum jamdudum intuitu uenerabilis patris Iohannis Burgensis episcopi et regis Castelle cancellarii inceperam; sed propter occurrentia impedimenta, usque nunc non potui consummare*". D. Juan murió el 1 de octubre de 1246. Por tanto, debemos pensar que la petición a Hermann de la traducción de la Retórica y la Poética tuvo lugar antes de esta fecha, pero después de 1243-1244, fecha de la traducción de la Ética a Nicómaco. Es decir, entre la solicitud (1244) y la ejecución (1256) pasaron más de doce años, retraso que Hermann atribuye a "las muchas ocupaciones que vinieron sobre mí, no me fue posible llevar a cabo hasta ahora" ("*Sed propter occurrentia impedimenta usque nunc non potui consummare*"). Según J. Ferreiro Alemparte, estas "ocupaciones" habrían sido el desempeño de cargos administrativos en el ámbito de la Orden de la Encomienda Teutónica (art. cit., págs. 39-42). Sobre D. Juan de Osma, cfr. H.S. Martínez, *Berenguela la Grande y su época*, págs. 384-401: "La cultura y las letras".

²² El 3 de junio de 1240 finalizaba el *Comentario medio* de Averroes a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles; el 8 de abril de 1243 ó 1244, terminaba la *Summa Alexandrinorum*; tras concluir la traducción de la *Summa*, Hermann debió empezar a contemplar el proyecto de traducir la *Retórica* de Aristóteles, así como la traducción de la glosa de Alfarabi sobre la *Retórica* de Aristóteles; y el *Comentario Medio* de Averroes a la *Poética* de Aristóteles, que fue su última obra traducida en Toledo, siendo terminada el 7 de marzo de 1256. El *Salterio* con toda probabilidad lo tradujo durante su residencia en Astorga, 1266-1272.

²³ Cfr. *infra* pág. 16, nota 48. Según D. Ramón González, Canónigo-archivero de la Catedral de Toledo, la referencia no parece que sea a la Capilla de la Trinidad de la catedral, sino al monasterio toledano de la Trinidad ("El traductor Hermann el Alemán", en *La Escuela de Traductores*, Toledo: Diputación

Provincial, 1996, págs. 60-61). Lo cual significaría que residía en dicho monasterio y no en Higaes.

²⁴ Cfr. M.-Th. d'Alverny, "Recherches sur la tradition manuscrite de la *Summa Alexandrinorum*", *AHDL*, 49 (1982), 265-272. La obra, de hecho, se conserva en dos manuscritos parisinos (BN, lat. 16581, ff. 3-50v; y BN, lat. 12954, f. 3v-27v).

²⁵ "... *solus Boethius primus interpres nouit plenarie linguarum potestatem; et solus dominus Robertus dictus Grossum Caput, nuper episcopus Lincolnensis, nouit scientias. Alii quidam medii, ut Gerardus Cremonensis, Michael Scotus, Aluredus Anglicus, Hermannus Alemannus quem uidimus Parisius, defecerunt multum tam in linguis quam in scientiis; sicut idem Hermannus de se ipso et de aliis est confessus quod ostendit ipsorum translatio*" (*Opus maius*, III, ed. cit., III, pág. 82).

²⁶ Sabemos esto por el testamento del canciller, que murió en octubre de 1246, del cual fue albacea la misma doña Berenguela; el 28 de septiembre de 1246, fecha en que dictó el testamento, aun no había acabado de pagar los gastos que le acarreó el viaje del infante a París: un palafreán, que tomó cuando don Felipe fue a Francia, y dos bestias, tomadas cuando éste iba "a escuelas" (Archivo Catedral de Burgos, vol. 25, fol.351). Don Felipe debió ser un estudiante manirroto mientras estuvo en París: el 15 de agosto de 1256, cuando su abuela y su padre ya habían muerto, todavía debía tener cuentas pendientes, ya que el canciller de Luis IX, Jean Sarrasin, anotó gastos en París "*pro fratre regis Hispaniae et pro universitate clericorum...*" (*Recueil des historiens*, vol. XXI, pág. 328b). Cfr. H.S. Martínez, *Berenguela la Grande*, págs. 738-745.

²⁷ San Alberto Magno en su célebre tratado *De mineralibus* nos dice que coincidió en París (finales de la década de los cuarenta) con "el hijo del rey de Castilla"; pero no sabemos si se refiere a Felipe o a Sancho que estuvieron en París por entonces (*De mineralibus [Book of Minerals]*, ed. D. Wyckoff, Oxford, 1967, pág.128). Cfr. H.S. Martínez, *Alfonso X*, pág. 54-55; A. García Avilés, "Alfonso X, Albumasar y la profecía del nacimiento de Cristo", *Imafronte*, 8-9 (1992-1993), 189-200, esp. pág.198. Sobre estos dos infantes, cfr. F. Hernández, "La formación intelectual del primer arzobispo de Sevilla", en *Sevilla 1248*, págs. 607-619; y F. Hernández y P. Linehan, *The Mozarabic Cardinal*, cap.2; y I.M. Resnick, "Ps.-Albert the Great on the Physiognomy of Jesus and Mary", *Medieval Studies*, 64 (2002), 217-240.

²⁸ Bacon se ocupa del tema de las traducciones en todas sus grandes obras cuyos títulos y ediciones pusimos arriba en la nota 7.

²⁹ *Opus tertium*, ed. J.S. Brewer, cap. 25, pág. 92. Texto completo más adelante págs. 20-21.

³⁰ *Compendium Studii Philosophiae*, ed. cit., págs. 467-468. Traducción de J. Ferreiro Alemparte, art. cit., pág. 29. Sobre las relaciones de Roger Bacon con los estudiantes españoles en la Universidad de París, véase A. Thomas, "Roger Bacon et les étudiants espagnols", *Bulletin Hispanique*, VII (1904), 18-28.

³¹ *Compendium*, ed. cit., págs. 471-472. Texto completo más adelante pág. 19.

³² Hermann, por tanto, no pudo ser profesor de Bacon, como sostuvieron M. M. Steinschneider (*op. cit.*, pág. 32), y G. Sarton (*Introduction to the history of Science*, Baltimore: Carnegie Institution of Washington, 1931 -reprinted 1950, 1953-, vol. II, part. II, pág. 832), ni viceversa.

³³ Cfr. J. Hackett, "Roger Bacon: His Life, Career, and Works," en J. Hackett, ed. *Roger Bacon and the Sciences: Commemorative Essays*, Studien und Texte zur Geistesgeschichte des Mittelalters, 57, Leiden: Brill, 1997, págs. 13-17.

³⁴ Cfr. J. Hackett, *op.cit.*, págs. 17-19. Con la muerte de su protector, Clemente IV, en 1268, Bacon fue encarcelado por orden del Ministro General de la Orden. Pero después de 1278 pudo regresar a su convento franciscano de Oxford donde continuó sus estudios y donde murió en 1294 (*ib.*, págs. 19-20).

³⁵ Existe una controversia sobre la lectura del texto original de Bacon (*Hermanus Alemannus et translator Manfredi* o *Hermanus Alemannus, traslator Manfredi*), o sea, “Hermann el Alemán y el traductor de Manfredo”, o “Hermann el Alemán, traductor de Manfredo”). En el primer caso, se trataría de dos personas; mientras que en la segunda lectura, que es la que hemos adoptado nosotros, se trata de un caso de aposición, que es un título de la misma persona que habría sido traductor para el rey Manfredo. Sobre la controversia, cfr. J. Ferreiro Alemparte, *art. cit.*, págs. 35-37. La controversia tiene su razón de ser porque según la versión que se tome se prueba o se rechaza la presencia de Hermann en Italia entre 1256 y 1266. Cfr. *infra* nota 37.

³⁶ En la corte de Manfredo por la época en que pudo estar allí Hermann (1260-1266) trabajaban: Juan de Messina, traductor del griego; Esteban de Messina y Juan de Dumpno, traductores del árabe. Cfr. A. Libera, *Penser au Moyen Age*, París: Éditions du Seuil, 1991, págs. 109-116: “Histoire d’une acculturation”; y págs. 169-177. Tanto Federico II como Manfredo fueron ávidos patrocinadores de las ciencias y la filosofía árabes. Con ocasión de una gran remesa de manuscritos de traducciones del griego y del árabe a la Universidad de París, Manfredo mandó también una célebre carta a los Maestros de Artes, abogando por la asimilación de la ciencia y la cultura árabe en los programas de la Universidad. La edición crítica de la carta puede verse en R.-A. Gauthier, “Notes sur les débuts (1225-1240) du premier ‘averroïsme’”, *Revue des sciences philosophiques et théologiques*, 66 (1982), 322-331. Es posible que Hermann contribuyese en la promoción de esta política cultural; pero no sabemos nada de sus traducciones durante este periodo.

³⁷ M. Pérez-González, siguiendo a G.-H. Luquet (“Hermann, l’Allemand, †1272”, *Revue de l’histoire des religions*, 44, 1901, 407-422), ha negado que Hermann trabajase para Manfredo (“Herman el Alemán, traductor de la Escuela de Toledo. Estado de la cuestión”, *Minerva: Revista de filología clásica*, 6, 1992, págs. 269-284, pág. 282).

³⁸ E. Flórez, *ES*, XVI, pág. 241. Cfr. *supra* nota 9.

³⁹ Rinaldi, *Annales ecclesiastici*, a. 1266, núm. 6 y 9. El cronista Saba Malaspina relata los actos de salvajismo cometidos por el ejército francés a su paso por Italia, refiriendo el refinamiento de la crueldad de las tropas que se ensañaban, atormentando y matando a hombres, mujeres y niños (*Rerum sicularum historia*, en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, VIII, págs. 828-829).

⁴⁰ *España en su historia*, 2 vols., Madrid, 1957, I, págs. 735-736 y 739-740.

⁴¹ Cfr. BN, ms. 4337, Índice, Testamentos, fol. 254r, núm. 38. Cfr. E. Flórez, *ES*, XVI, págs. 241-243; P. Rodríguez López, *Episcopologio asturiense*, Astorga, 1907, pág. 286.

⁴² Cf. José S. Gil, *La Escuela de Traductores de Toledo y sus colaboradores judíos*, Toledo, 1985; y *La Escuela de Traductores de Toledo durante la Edad Media*, en *Pensamiento y circulación de las ideas en el Mediterráneo: el papel de la traducción*, coord. M. Hernando de Larramendi y G. Fernández Parrilla, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997; y S. Vegas González, *La Escuela de Traductores de Toledo en la historia del pensamiento*, Toledo: Concejalía de Cultura, 1998. La bibliografía sobre el tema es amplísima; recogemos aquí sólo lo esencial para entender el trabajo de Hermann el Alemán.

⁴³ Cfr. *La Filosofía de Virgilio de Córdoba. Un aristotélico-averroísta del siglo XIII*, Traducción del texto latino, Introducción y Notas de H. Salvador Martínez (en prensa).

⁴⁴ Cfr. J. Kritzeck, *Peter the Venerable and Islam*, Princeton: Princeton University Press, 1964; y “Peter the Venerable and the Toledan Collection,” en G. Constable, ed.: *Petrus Venerabilis 1156-1956. Studies and Texts commemorating the Eighth Centenary of his Death*, Romae: Studia Anselmiana, 1956, págs. 176-189; A.J. Martín Duque, “El inglés Roberto, traductor del Corán.

Estancia y actividades en España a mediados del siglo XII”, *Hispania: Revista española de historia*, 88 (1962), 483-506.

⁴⁵ Para todos estos traductores y estudiosos tenemos ahora un espléndido instrumento de investigación, la Biblioteca Virtual de la Antigua Escuela de Traductores de Toledo de la Fundación Ignacio Larramendi (www.larramendi.es), donde se pueden hallar las obras digitalizadas con abundante bibliografía sobre sus autores.

⁴⁶ Cfr. M. Gargatagli, “La Historia de la Escuela de Traductores de Toledo”, *Quaderns. Revista de Traducció*, 4 (1999), 13.

⁴⁷ Para el lector que quiera profundizar en dichas obras le aconsejo que empiece por la descripción de las mismas que hizo A. Jourdain, *op. cit.*, continuando con M. Steinschneider, *Die europaischen Uebersetzungen* (*supra* nota 3); G.-H. Luquet, “Hermann Allemand”, *Revue de l’histoire des Religions*, 43-44 (1901), 408-413; y sobre todo las dos obras siguientes: *Aristoteles latinus*. Codices descripti Georgius Lacombe in societatem operis adsumptis A. Birkenmajer, M. Dulong, Aet. Franceschini. Pars prior, Roma, 1939. Pars posterior, supplementis indicibusque instruxit L. Minio-Paluello, Cantabrigiae, 1955: Union Académique Internationale. Corpus Philosophorum Medii Aevi; y *Repertorium Fontium Historiae Medii Aevi*, Roma: Istituto Storico Italiano per il Medio Evo, 1984, vol. V), págs. 453-455.

⁴⁸ “*Dixit traslator: Ego complevi eius traslationem, ex arabico in latinum tertio die Iovis mensis iunii, anno ab incarnatione Domini MCCXL apud urbem Toletanam in capella sancte Trinitatis. Unde sit benedictum nomen Domini, qui est trinus et unus*”. El nombre del traductor no aparece en el texto de la obra, sino al final de los comentarios del texto de Hermann en el códice de la Bibl. Laurentina, Plut. LXXIX, 18: “*Expliciunt summaria librorum moralium ad Nicomachum. Unde inscribitur liber Nicolamachiae (sic), quem transtulit Hermannus Alemannus ex arabico in latinum*” (ed. Lacombe, *op. cit.*, I, pág. 68 y 110-111); el mismo Hermann lo confirmó en el prólogo de la traducción de la *Retórica* de Aristóteles: “*Quemadmodum contingit in libro Nichomachiae quem latini Ethicam Aristotelis appellant. Nam et hunc prout potui in latinum uerti eloquium ex arabico*”. Creo que es importante tener presente la observación que hace Hermann hacia el final de su obra, pues refleja su honestidad intelectual, cuando dice que la obra había sido traducida de nuevo y comentada por Roberto Grosseteste, obispo de Lincoln, sirviéndose del propio texto griego de Aristóteles (“*ex primo fonte unde manauerat, greco uidelicet*”), lo que hace inservible su traducción. Evidentemente Hermann estaba al corriente de lo que estaba sucediendo en el campo y era muy consciente de las limitaciones de su obra.

⁴⁹ “Este traslado hecho del árabe al latín del Compendio de los Alejandrinos fue acabado por Hermann el Teutónico el 8 de abril de 1244”. Cfr. cf. M.-Th. d’Alverny, “Recherches sur la tradition manuscrite de la *Summa Alexandrinorum*”, *AHDL* 49 (1982), 265-272, donde la autora describe detalladamente todos los manuscritos que contienen la obra; algunos la fechan en 1243 y otros en 1244. Cfr. D. M. Dunlop, “The Arabic tradition of the *Summa Alexandrinorum*”, *AHDL* 49 (1982), 253-263.

⁵⁰ Este manuscrito fue publicado en Venecia en 1481 y 1515 con otro título: *Declaratio compendiosa per uiam diuisionis Alfarabii super libris rethoricorum Aristotilis*. Cfr. D. Salmon, “The Mediaeval Latin translations of Alfarabi’s works”, *The New Scholasticism*, 13 (1939), 245-261. El autor fecha la *Declaratio compendiosa* hacia 1256.

⁵¹ “...uisum est michi Hermanno Alamanno transferre inde glose Alfarabii in quantum introducitur in librum rethorice Aristotelis eloquio in latinum”. Basándose en estas palabras W. F. Boggess afirma: “...Hermannus’s date at the end of the Poetics, 7 March 1256, should apply to the gloss and the Rhetoric as well” (“Hermannus Alemannus’s Rhetorical Translations”, *Viator*, 2, 1971, 247-250). Por otra parte, el mismo Hermann declaró: “*Omnia hec enim in glosa super hunc librum exquisite Alfarabius per-*

tractauit. Cuius glosae plus quam duos quinternos ego quoque transtuli in latinum". Esto significa que la traducción de la Retórica y la Glosa de Alfarabi las hizo al mismo tiempo como complemento la una de la otra, es decir en 1256, trabajo que le llevó varios años y "más de dos quinternos".

⁵² "*Explicit, Deo gratias, anno Domini millesimo ducesimo quiquagesimo sexto, septimo die Martii, apud Toletum, urbem nobilissimam*" (ed. cit.). En realidad, fue el mismo Hermann el que dio a entender claramente que la traducción de la *Retórica* y de la *Poética* fueron llevadas a cabo al mismo tiempo (Cfr. supra nota 13).

⁵³ "*Explicit Deo gratias anno Domini millesimo ducesimo quinquagesimo sexto, septimo decimo die marcii apud Toletum urbem nobilem*". Hemos usado la edición de la *Poética* de L. Minio-Paluello, *De arte poetica, cum Avarrois expositione*, Brussels: *Corpus Philosophorum Medii Aevi: Aristoteles latinus*, XXXIII, 2ª ed., 1968, págs. 3-37. Cfr. J. B. Allen, "Hermann the German's Averroistic Aristotle and Medieval Poetic Theory", *Mosaic*, IX/3 (1976), 67-81.

⁵⁴ Cfr. arriba pág. 13, nota 19.

⁵⁵ Cfr. R. Lemay, "Roger Bacon's Attitude Toward the Latin Translations and Translators of the Twelfth and Thirteenth Centuries", en *Roger Bacon and the Sciences. Commemorative Essays*, ed. by J. Hackett, Brill, Leiden-New York-Koln, 1997, págs. 25-47.

⁵⁶ *Compendium*, ed. Brewer, págs. 472-473.

⁵⁷ *Opus Tertium*, ed. Longman Green, London: Longman and Roberts, 1859, págs. 32-33.

⁵⁸ *Opus tertium*, Ed. J.S. Brewer, cap. 25; trad. de J. Ferreiro Alemparte, *art. cit.*, págs. 28-29. Las cursivas son nuestras.

⁵⁹ "*Unde cum per Gerardum Cremonensem et Michaellem Scotum et Aluredum Anglicum et Heremannum Alemannum et Willielmum Flemingum data sit nobis copia translationum de omni scientia, accidit tanta falsitas in eorum operibus, quod nullus sufficit admirari*" (*Compendium*, ed. cit., pág. 471).

⁶⁰ "*De logicalibus etiam de studio deficiunt Latino duo libri meliores, quos Heremannus habuit Arabicos, sed non fuit ausus transferre. Cum tamen unum eorum transtulit aut fecit transferri, sed ita male quod nihil omnino ualet illa translatio, nec est etiam in usu logicorum*" (*ib.*, 473).

⁶¹ "*Qui mihi sciscitanti eum de libris logicae quibusdam, quos habuit transferendos ex arabico, dixit ore rotundo quod nesciuit logicam et ideo non ausus fuit transferre. Et certe si logicam nesciuit, non potuit alias scire scientias, sicut decet*" (*Compendium*, pág. 471).

⁶² "*Hermannus confesus est se magis adiutorem fuisse translationum quam translatores, quia Sarracenicis tenuit secum in Hispania, qui fuerunt in suis translationibus principales*" (*ib.*).

⁶³ "*Et Alpharabius hoc docet maxime de poetico, cuius sermones debent esse sublimes et decori et ideo cum ornatu prosaico et metrico et rhythmico insigniti, secundum quod competit loco et tempori et personis et materiae de qua sit persuasio. Et sit docuit Aristoteles in libro suo de poetico argumento, quem non ausus fuit interpretari Hermannus transferre in Latinum propter metrorum difficultatem, quam non intellexit, ut ipse dicit in prologo commentarii Auerrois super illum librum*" (*Opus maius*, I, págs. 100-101).

⁶⁴ *Compendium*, ed. cit., págs. 471-472. Las cursivas son nuestras.

⁶⁵ Escribe de Miguel Scot, que fue el más prolífico de todos:

"*Nec arabicum bene sciuit, ut confessus est, quia magis fuit adiutor translationum quam translator; quia Sarascenos tenuit secum in Hispania, qui fuerunt in suis translationibus principales*" (*Compendium*, pág. 472).

⁶⁶ "... *Et postmodum reuerendus pater magister Robertus Grossecapitus sed subtilia intellectus Linkoniensis episcopus ex primo fonte unde manauerat, greco uidelicet, ipsum est completius interpretatus et grecorum commentis proprias annectens notulas*

commentatus" (ed. cit., pág. 272).

⁶⁷ He aquí algunas de sus traducciones más conocidas, entre las que hay que contar, en primer lugar, la revisión, sobre el texto griego, de las versiones anteriores de la *Metafísica* de Aristóteles, los "libri naturales", y la *Ética a Nicómaco*. A petición de Santo Tomás, tradujo muchas de las obras de Aristóteles que no habían sido traducidas todavía directamente del griego, entre otras: la *Política* (1260); la *Retórica* y los libros XI y XII de la *Metafísica*; en Nicea (1260) tradujo los *Meteoros* de Alejandro de Afrodisias; en Tebas (1260) terminó el *De partibus animalium*; las *Categorías* de Simplicio (1266); los *Económicos* y la paráfrasis de Temistio al libro *De anima* (1267); la *Elementatio theologica* de Proclo; el *De anima* de Filopón; y el *De coelo* de Simplicio (1271).

⁶⁸ Cfr. W.F. Boggess, "Aristotle's Poetics in the Fourteenth Century", *Studies in Philology*, LXVII (1970), 279-282, pág. 278; y para un contexto más amplio, J.B. Allen, "Hermann the German's Averroistic Aristotle and Medieval Poetic Theory", *Mosaic*, IX/3 (1976), 67-81; y H.A. Kelly, "Aristotle-Averroes-Alemannus on Tragedy: the Influence of the 'Poetics' on Latin Middle Ages", *Vivator* (1979), 161-209.

⁶⁹ "*Et est quod iam aestimatur a vulgo studentium et a multis, qui valde sapientes aestimantur, et a multis viris bonis, licet sint decepti, quod philosophia iam data sit latinis, et composita in lingua latina, et est facta in tempore meo et vulgata Parisius, et pro auctore allegatur compositor eius. Nam sicut Aristoteles, Avicena et Averroes allegantur in scholis, sic et ipse; et adhuc vivit, et habuit in vita sua auctoritatem, quod numquam homo habuit in doctrina. Nam Christus non pervenit ad hoc, cum et Ipse reprobus fuerit cum sua doctrina in vita sua*" (*Opus tertium*, ed. J.S. Brewer, Londres, 1859, pág. 30).

⁷⁰ *Classical and Medieval Literary Criticism: Translations and Interpretations*, ed. A. Preminger, O.S. Hardinson, and K. Ker-rane, New York 1974, pág. 348.

⁷¹ Cfr. W.F. Boggess, "Aristotle's Poetics", 279-282. Lo conocieron y usaron con mucho provecho: Giovannino de Mantua, Coluccio Salutati, Savonarola, Robortello, Bernardo Segni, Maggi, y Lombardi, siendo publicado por primera vez en Venecia por Filippo Veneto en 1481. A finales del siglo anterior Benvenuto da Imola analizó la estructura de la *Divina Commedia* de Dante sobre la base del aserto de Hermann: "todo discurso poético es sobre alabanza o vituperio". Cfr. *Classical and Medieval Literary Criticism*, págs. 347-348; *Medieval Literary Theory and Criticism c. 1100-c. 1375. The Commentary-Tradition*, ed. A.J. Minnis and A.B. Scott, Oxford: Clarendon Press, 1988, págs. 277-313.